

## LOBIZONAS

### I

Termina el Ramadán, la luna y la estrella del cielo están ubicadas en la exacta posición de la bandera turca, la noche es fuego, incendio. (Dicen que Atatürk caminaba por el campo victorioso cuando observó la reflexión de una y estrella y la formación de una media luna creciente sobre el profundo fondo de sangre derramada en la batalla)

Así me siento, como Atatürk, bebo el triunfo en el aire, siento que mi piel inflamada, roja, descansa su agobio en el frío de la noche. Subo el cuello de mi sacón y comienzo a taconear rápidamente hacia el Cuerno de Oro. Apenas recuerdo el reflejo de su cuerpo, tendido en la bañera, ahogado en el rojo de su sangre, apenas un reflejo en el espejo del baño, apenas divisado, como si la culpa de haberlo soñado y –quizás- hasta provocado hubiera sido pimienta en mis pies. Huyo sin huir, como Atatürk logré vencer en mi guerra de independencia.

## II

Me miraba en el espejo del viejo ropero detenida en mis detalles; a ratos asomaba una niña, y en otros me miraba mirarla una joven, se ocultaba en el fondo del azogue. Soñé que era esa mi única y turbia ventana, sentí que se corrían las veladuras.

Un escalofrío me recorrió al contemplarme desde el ropero, en lo profundo y dentro del ropero. Me ví mirándome, mis propias manos me invitaban. Esas manos confundidas en llagas, en recuerdos; volví para recuperarlas, para sacarlas del martirio, pero esas manos eran depredadoras

Corrí por el corredor y me dí de bruces con 18 de Julio en una tarde gris, de este Montevideo que cuando quiere agobia con su luz mortecina, sus gotones de tristeza en lluvia. La gente me chocaba, arremetía, era invisible.

En el auto, al prender la radio, estalló mi último baluarte.

(Tres mujeres que salían de recoger sus fotos, miraban asombradas como el auto se estrellaba en la vidriera que acababan de abandonar.)

### III

El vestido, encaje de jazmines, jazmín del país, y en sus largas trenzas grises cadenas de flor de ilusión, inmaculada virgen esperando en el altar del desolado jardín, olvidada la ya rota lámpara roja que señalaba la casa. Ceremonia privada sin párroco ni cura, sin invitados, todo pueblo como testigo, quien no había sido por ella iniciado lo había sido por sus ya lejanas discípulas y a otras les había enseñado las delicadezas de su arte.

Al mirarla parece coronada por nomeolvides, mantiene marmólea su piel, estructura de piolines mueven sus miembros. Erguido a su lado el vacío smoking del maniquí, vacío por dentro y por fuera. Resbalan las lágrimas cuando suspira el sí nupcial, mientras la marioneta asiente con la cabeza.

El cura le da la extremaunción.

Consuma el matrimonio entre los pliegues del alfarero, cubriendo con cal y arena el tálamo nupcial que los entierra.

### III

Tiembla Nazarena, tiembla que ya cayeron las murallas de Jericó.

Era joven Nazarena, era la niña del pueblo, encerrada en la casa paterna hasta que en la noche abre la ventana, unos ojos la esperan a escondidas del pueblo.

Y Nazarena tiembla sin necesidad de trompetas, ni un cuarteto de violines, apenas el fuego acariciando sus oídos, un susurro húmedo.

Tiembla Nazarena en la noche, se entrega a la tierra fértil, gozando el sembradío de estrellas.

Las Tres Marías la bañan de luz y sacuden su cabellera.

Al amanecer el pueblo lo descubre, la casa paterna se hunde, Nazarena está lejos...lejos, perdida.

#### IV

Prefiero sentarme en el asiento del pasillo, siempre y sin excepciones. En este vuelo –Madrid/Montevideo- me tocó como compañera de suplicio una señora cerca de los cuarenta años, abrigada al máximo y con unos enormes lentes negros. No dejaba de ser una figura intrigante.

Durante las largas horas de vuelo no intercambiamos palabras, en una oportunidad se tropezaron nuestras manos y las tuyas, aún unidas, estaban frías como las aguas del Océano Pacífico en Marzo.

En la larga noche fue una sola vez al excusado, al moverse se le cayó una foto húmeda y arrugada que levanté para dejarla en su asiento. En la foto se podía adivinar a la señora unos años más joven, junto a una hermosa muchacha y a un niño riendo.

Cuando regresó a su asiento tomó la foto entre sus manos muy juntas, no me miró, y se aferró a su cábala.

Al aterrizar la azafata la vino a buscar y se la llevó por otro camino mientras el resto recorríamos el tradicional pasillo de arriba. Mientras caminaba por esos pasillos desamparados la divisé.

Extraña estampa, con abrigo largo a pleno sol y ya sin sus lentes negros, estaba parada, debería decir encorvada, recogida en sí, junto al camión de carga viendo sacar dos ataúdes de la bodega. Dos policías custodiaban sus espaldas, no los había notado en el largo viaje, solo ahora mi memoria los descubría siempre presentes en la larga noche, y solo ahora recuperaba el destello de las esposas en las muñecas.

El titular del diario decía: “Madre mata a hija y nieto...”, no pude leer el resto.

## V

No suspendan las maravillas. La grava húmeda bajos los pies. Loca, me dicen, loca porque bailo junto a la luna, porque el mundo es maravilla, porque encierro en el atillo al peor de los pecadores.

Dicen que la tierra se movió medio milímetro, que se resquebraja su corteza, que se derrite el polo, se suman maremotos, terremotos, tsunamis, explotan volcanes, la capa de ozono se traga la atmósfera, se vienen los siete jinetes del apocalipsis.

Dicen que dicen los chamanes que no falta mucho, dicen que dicen que el Papa reza, que los Rabí oran, que los dioses, los semidioses, tiemblan.

Dicen, siempre dicen.

Dicen que estoy loca si camino descalza bajo la luna llena, dicen que estoy demente porque apuñalé el pasado para parir un futuro. Dicen que no hay campo, ni gravilla, ni el canto de un pájaro en el lugar al que me llevan.

No suspenderán la maravilla. Yo sigo bailando al compás de las gotas de su sangre a la luz de la luna llena.

## VI

Cada vez se me hace más pesado abrir la puerta del apartamento, como si el aire pestilente, el desorden, los platos y vasos apilados (solo limpio el que uso), los puchos aplastados desbordando los ceniceros, (¿cuánto hace que no cambio las sábanas?), fueran una fuerza inteligente que me impidiera regresar a la madriguera. ( no cambié nunca las sábanas desde que Marcia se fue.)

A veces desconecto el teléfono, y hay días que no salgo de la cama. Mis amigos me diagnosticaron depresión aguda y me hostigan para que salga, en estos casi tres meses (79 días, 20 horas y minutos) me han querido presentar cuanto mujer libre (o que dice estar/ser libre) anda suelta por la noche de la ciudad, no entienden que no quiero, simplemente no quiero desprenderme del olor a Marcia.

Logré entrar a mi catacumba y casi ignoro la luz titilante (pensé que sería algún amigo en cruzada salvadora), pero no lo hice. ¡Por suerte! Tengo una hora para ordenar la pocilga: Marcia vuelve.

## VII

\_ ¿Por qué? – me pregunta Martín

\_ Porque anoche ví tu mirada, porque anoche te descubrí.

Cierro la última maleta.

Es que anoche él se me mostró.

Nunca mires a la cara al hombre que está encima de ti. Si estás en la cama, si estás disfrutando del sexo con un hombre: no lo mires a la cara si lo tenés encima, y menos busques sus ojos.

No es porque, seguramente, veas como se le marcan las arrugas, como se le cae la piel desprendida del músculo de las mejillas, como se le forman pliegues, eso nos pasa a todos. No lo mires porque, puede pasar, que al mirar su rostro no lo descubras transido de deseo, en la cúspide del amor, mirándote con dedicación, sino que lo veas como un fauno salvaje, rojo de esfuerzo, bufando hasta llegar al orgasmo, mirando a través de ti, mirando solo dentro de sí o peor aún mirando a alguien que no sos vos.

No lo mires a la cara, no, no lo hagas o sentirás como me sentí.

\_No te entiendo. ¿qué pasó? –insiste Martín.

\_Anoche ya no estaba conmigo en esa cama, que ya no era yo la única, ni la mejor de todas.-contesté mientras dejaba las llaves y cerraba la puerta.



## VIII

La puerta se cerró y quedé totalmente a oscuras en este espacio limitado. Anticipé la angustia y comencé a controlar la respiración como me enseñó la doctora.

( Su madre lo estaba castigando porque había dejado caer el vaso. No podía olvidar la cara de su madre, su rostro furioso mientras él le suplicaba que no lo encerrara.)

Respiro: inspiro espiro, inspiro, espiro, trato de mantener el ritmo, no pensar en nada, me dijo la doctora, solo en respirar suavemente. Inspiro, Espiro.

Comienzo a sentir los latidos del corazón, tac, tac, tac; las manos me transpiran. Espiro, inspiro, espiro, no puedo estirar las piernas, inspiro, expiro. Tac, tac, tac siento el corazón en mis oídos, más rápido más fuerte.

(Las lágrimas comienzan a caer por sus mejillas, la cabeza le gira.)

¡No puedo respirar! El aire me raspa al pasar por los pulmones, la oscuridad gira, gira, estoy temblando, ¡no puedo controlar mis manos, mis piernas!

(Y comienza a percibir una luz, que crece y crece y le da paz, serenidad. En ese momento siente la voz de su padre, los gritos y se abre la puerta.)

## IX

Me siento esposa de Lot, estatua de sal, no puedo dejar de mirar atrás; pero soy como Judith, visto túnicas de luto, ayuno, y llevo mis penas en las grises hebras de mi pelo, cada una marca el tiempo desde que te perdí.

¿Podrás perdonarme?

Llamo y dejo mensaje tras mensaje, no solo no me contestás, no me llamás, parece que no hubiera existido en tu vida, sino que además me condenás.

Quisiera peregrinar al muro de los lamentos y dejar en un espacio entre las piedras el papel húmedo que lleva mi deseo, mi súplica, mi pedido de perdón.

¿Es que es tal el cúmulo de mis pecados que ni siendo estatua de sal, ni cubriendo mi cuerpo con harapos, ni peregrinando a Jeresalem lograré que me perdonen? Es que si seducí a un extraño fue por nada, te sigo queriendo.

¿No podés perdonarme?

Si me abandonás, arrojás sobre mi cuerpo las piedras de mi miseria, prefiero que me mates; el día que te engañé, fue el día que te perdoné. ¿Y vos?

Hasta me resulta obsceno dejarte mensaje tras mensaje, destapando esta miseria. Por favor...